



Un zoológico de papel: la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, entre Eduardo Holmberg y Clemente Onelli

Recibido: 23-09-2023
Aceptado: 15-02-2024

Leandro Ezequiel Simari¹
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de San Martín, Argentina
simarileandro@gmail.com

Resumen: El presente artículo analiza los propósitos, líneas editoriales y tipos de textualidades que definieron la revista *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires* en sus primeros años. Fundada en 1893 por Eduardo Holmberg, sus inicios coinciden con un contexto en el cual la institución que le daba marco se encontraba en un proceso exitoso de consolidación. En ese sentido, a través de la lectura de los textos que hicieron circular en ella sus dos primeros directores, el propio Holmberg y su sucesor, Clemente Onelli, este artículo propone leer la revista como condensación de los modos en que el zoológico buscó labrar su legitimidad dentro del campo de la ciencia, desplegó sus políticas de lo viviente y, sobre todo, pensó y trató a sus animales.

Palabras clave: Jardín zoológico – prensa periódica – Buenos Aires – vida animal

1. Licenciado en Letras y Doctor en Literatura (Universidad de Buenos Aires). Docente de la Maestría en Periodismo Narrativo de la Universidad Nacional de San Martín e investigador del Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas” (UBA). Participa en proyectos de investigación sobre literatura argentina con sede en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Rosario.
Código Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-2987-2043>

A paper zoo: the *Magazine of the Buenos Aires Zoological Garden*, between Eduardo Holmberg and Clemente Onelli

Abstract: This article analyzes the purposes, editorial lines and types of textualities that defined the *Magazine of the Buenos Aires Zoological Garden* in its first years. Founded in 1893 by Eduardo Holmberg, its beginnings coincide with a context in which the institution that gave it its framework was in a successful process of consolidation. In that sense, through reading the texts circulated in it by its first two directors, Holmberg himself and his successor, Clemente Onelli, this article aims to read the magazine as a condensation of the ways in which the zoo sought to establish its legitimacy within the field of science, deployed its policies of the living and, above all, thought about and treated its animals.

Keyword: Zoological garden – periodic press – Buenos Aires – animal life

Para la última década del siglo XIX, las publicaciones científicas reunían en Argentina un puñado de antecedentes de trascendencia y duración variables. A propósito de su estudio sobre el Círculo Científico Literario, fundado en 1873, y del principal medio de difusión de su programa, la *Revista Literaria*, Sandra Gasparini (2014, pp. 62-63) recorre brevemente algunos de los hitos que componen esa serie: *El Plata Científico y Literario*, que viera la luz entre 1854 y 1855; *La Revista de Ciencias y Letras*, surgida exactamente una década después; los *Anales del Museo de Buenos Aires*, contemporáneos de la anterior y sello de la gestión científica de Karl Burmeister; el *Periódico Zoológico*, de 1874 y 1875, adscripto a la Sociedad Entomológica Argentina; y, finalmente, *El Naturalista Argentino*, que contó, en 1878, a Eduardo Holmberg entre sus fundadores. También creada por Holmberg, y afianzada, desde 1905, por Clemente Onelli, la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires* se integraba, a partir del 15 de enero de 1893, a esa desaparecida pero atendible tradición, que se había visto particularmente estimulada por las políticas oficiales de fomento de la ciencia desplegadas durante la presidencia de Sarmiento y por los procesos de modernización y especialización temática que experimentaba, en esos mismos años, la prensa periódica local.²

En sentido estricto, el Jardín Zoológico de Buenos Aires era, para 1893, una institución joven: había conseguido su autonomía administrativa y definido un proyecto institucional

2. Médico y naturalista nacido en Buenos Aires, Eduardo Holmberg incursionó también en la literatura de ficción, siendo considerado uno de los principales promotores de la “fantasía científica” en el Río de la Plata. Oriundo de Roma, Clemente Onelli llegó a la Argentina en 1888 y se desempeñó en múltiples tareas antes de asumir la dirección del zoológico. Antes de finalizada la década de 1880, se integró al Museo de Ciencias Naturales de la Plata, bajo el mando de Francisco Moreno. Además, formó parte de expediciones por los terrenos recientemente anexados de la Patagonia, durante las cuales desarrolló estudios sobre la fauna, la hidrografía, la topografía, las posibilidades de explotación agropecuaria y los restos fósiles de la región, que resonarían luego, en 1904, en su libro *Trepanando Los Andes*.

específico apenas cinco años atrás. Hasta entonces, y desde 1875, la ciudad no tenía un jardín zoológico como tal, sino una “sección zoológica” integrada al Parque 3 de Febrero, ubicado en el barrio de Palermo. Mientras funcionó como componente subordinado a una estructura organizativa mayor, y a las partidas presupuestarias adjudicadas a esta, la colección zoológica de Buenos Aires registró un crecimiento tan gradual como errático en sus propósitos, que no parecían ir más allá de la mera acumulación decorativa de especies variadas. Sólo a partir de 1888, esta etapa embrionaria parecería quedar atrás. Los pasos decisivos para superarla se acumularon uno detrás de otro: el desplazamiento fuera de los límites administrativos del parque, la posterior mudanza a nuevos terrenos, también con sede en Palermo y, muy especialmente, la designación de Holmberg como primer director de un zoológico concebido ahora como espacio público autónomo, con una organización y un patrimonio material propios. Como corolario de esta serie de transformaciones, el zoológico hallaba la condición de posibilidad para redefinir la función social y cultural que sellaría su lugar de relevancia en la esfera pública porteña. Al respecto, preocupado por diferenciar al proyecto que comandaba de un mero “lujo” u “ostentación vanidosa y superflua” para las arcas municipales, Holmberg (1893a, p. 4) apuntaló un enérgico programa a partir de tres pilares fundamentales: la condición indudable del zoológico como “centro de distracción” (p. 3), una hasta entonces poco enfatizada dimensión como “institución científica” y, finalmente, una reivindicación en tanto que “complemento amable y severo de las leyes nacionales relativas a instrucción pública” (p. 4). El pacto entre el zoológico y la ciudad que lo solventaba quedaba, así, sellado a través de esa lógica institucional tripartita. Le seguirían una calculada selección de nuevos ejemplares para ampliar y diversificar el muestrario de fauna cautiva y la construcción de una no menos heteróclita cantidad de edificios destinados a contenerlos y exhibirlos.³

3. Eric Baratay y Elisabeth Hardouin-Fugier explican que la fascinación por el exotismo que estimuló la proliferación de jardines zoológicos en la Europa de mediados del siglo XIX no sólo se canalizó a través de los esfuerzos por reunir tantos y tan heterogéneos representantes de la vida animal como fuera posible: también hizo eco en la preferencia por una “arquitectura etnográfica” (Baratay y Hardouin-Fugier, 2004, p. 152) para sus edificaciones, es decir, una opción estética capaz de evocar la impronta cultural que, con más o menos rigor, se asociaba, por su procedencia, a los animales expuestos.

Al postular a la ciencia, el esparcimiento y la educación de las masas como los tres pilares sobre los cuales habría de erigirse el nuevo zoológico, Holmberg no sólo se demarcaba de la inmediata prehistoria institucional vinculada al Parque 3 de Febrero, sino que también entraba en sintonía con el rumbo que entidades análogas ya habían emprendido en grandes metrópolis europeas. Si, en miradas retrospectivas como la que esboza Keekok Lee (2005, p. 2), las funciones pedagógicas y científicas adosadas a los jardines zoológicos del mundo pueden ser consideradas meras coartadas a través de las cuales enmascarar el propósito frívolo de entretener a sus visitantes humanos, en la coyuntura decimonónica, en cambio, argumentos afines a los esgrimidos por Holmberg demostraron una alta eficacia como fuentes de legitimidad. En ese sentido, la senda institucional que el zoológico porteño comenzaría a transitar en 1888 y se prolongaría en las décadas siguientes, ya con Onelli en la dirección, marcaría los años de esplendor para el paseo de Palermo. Así se deduce, por ejemplo, de los juicios vertidos por las autoridades municipales en los primeros años del nuevo siglo: el zoológico porteño hacía “honor a la ciudad”, al punto tal que “tan solo tres o cuatro” (Memoria, 1908, p. XXVIII) jardines similares en todo el mundo podían competir con su convocatoria popular y la riqueza de su colección de animales.

Con un catálogo viviente en sostenida expansión, un patrimonio arquitectónico signado por el exotismo y la articulación equilibrada de sus aportes a la ciencia, la instrucción pública y el esparcimiento popular, el control sobre un medio de difusión propio, capaz de dar respuesta a “la necesidad imperiosa de exteriorizar, en el mundo inteligente y discreto, la vida de la institución” (Holmberg, 1893b, p. 961) representaba en los planes de Holmberg el eslabón final para rematar la cadena de simetrías que ponía al zoológico porteño a tono con sus pares europeos.⁴ Concebida en parte para desempeñar esa misión, la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, no obstante, superaría con creces tal objetivo inicial, en gran medida por las propias ambiciones de su director, que darían a sus páginas el tenor de un medio de debate y divulgación de saberes científicos variados. Más aún, irreductible al

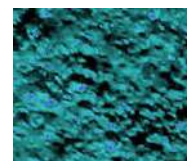
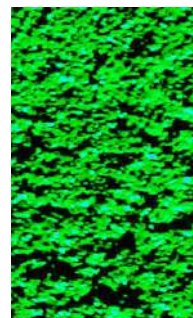
4. Un ejemplo tradicional del tipo de proyecto editorial en el que parece haber estado pensando Holmberg a la hora de concebir la revista es el *Journal of Zoology* editado por el zoológico londinense desde la década de 1830.

mero papel de órgano de difusión institucional, la *Revista del Jardín Zoológico* llegaría a consolidarse como un artefacto textual capaz de espejar en su propia complejidad la realidad multifacética del ámbito que le daba marco. Es precisamente esa amplitud y representatividad lo que la convierte en un objeto privilegiado para leer los modos en que el zoológico buscó labrar su legitimidad dentro del campo de la ciencia, desplegó y articuló sus políticas de lo viviente y, sobre todo, pensó y trató a sus animales.

La revista de Holmberg: divulgación, inventarios, anécdotas

Mientras Holmberg ofició como editor y firma regular, la *Revista del Jardín Zoológico* se publicó con regularidad mensual y acogió con frecuencia colaboraciones de Juan Bautista Ambrosetti, Carlos Spegazzini, Enrique Kermes y Florentino Ameghino, entre otros hombres de ciencia de renombre, volcados no sólo al presumible campo de estudio de la zoología, sino también a otros, asociados a la antropología, la etnografía y la arqueología. A tono con el tipo de materiales que solían reunir, todos los números de esta primera época rezaron en sus portadas una aclaración alusiva: la revista estaba “dedicada a las ciencias naturales y en particular a los intereses del jardín zoológico”.

Con la llegada de Onelli, lo que la portada de la revista pasó a explicitar fue, en cambio, el inicio de una nueva etapa: desde un primer momento, la leyenda “Época II” se antepuso a la consignación del año y el número correspondientes a cada ejemplar. Desaparecida la sucinta declaración que había acompañado todas las ediciones bajo la tutela de Holmberg, la inscripción agregada casi parecía entablar un diálogo sordo con ella o, mejor dicho, con su ausencia. Sin embargo, la modificación no venía a anticipar que el zoológico y su órgano de difusión habían torcido el rumbo. Por el contrario, si en el tándem entre lo incorporado y lo desterrado asomaba un atisbo de renovación, la primera página de la revista en esta nueva etapa emitía una señal en sentido opuesto. En un gesto de perfecta simetría, Onelli dio por inaugurada su labor de editor con un breve texto que recuperaba las palabras vertidas por su “ilustre antecesor” (Onelli, 1905, p. 1) al abrir el volumen inicial de la *primera época*:



El Jardín Zoológico, tal como el Director lo comprende, no es solamente una exhibición de animales, debe ser algo más; y la prueba de ello consta en este primer número de la REVISTA, donde se dará noticia de lo que al Jardín Zoológico se refiere, pero que admitirá siempre el tributo de aquellos que en su corazón levantaron un altar a las Ciencias Naturales. (Holmberg, 1893a, p. 3 y Onelli, 1905, p. 1)

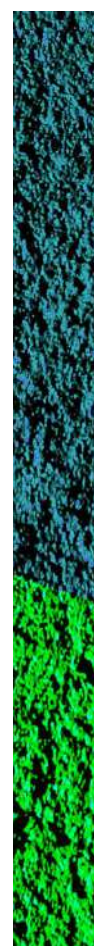
Como guiño intertextual al pasado inmediato, la cita advertía una intención de continuidad: el proyecto editorial delineado por Holmberg se reafirmaba. La sucesión de números editados a partir de entonces, ahora con frecuencia trimestral, ratificaría, en buena medida, las implicaciones que trasuntaba ese gesto, haciendo que las palabras recuperadas del anterior director mantuvieran la misma capacidad descriptiva. La estabilidad que engarzó ambas épocas supuso la prolongación –no sin ciertas reformulaciones– del temario bifronte, que compatibilizaba la publicación de textos centrados en la vida institucional con el rol de medio difusor de saberes científicos de amplio espectro. De este modo, la *Revista del Jardín Zoológico* hizo coexistir de forma permanente una revista *sobre ciencia* y una revista *sobre el zoológico*, por momentos superpuestas e indiscernibles entre sí, por momentos claramente diferenciables, cuyo punto de intersección era el interés común por la vida animal.

Con todo, al igual que ocurriera con la gestión del zoológico, el predominio de la continuidad en el proyecto, la estructura y la organización de los materiales publicados por la revista no desterró los tintes de singularidad que tanto Holmberg como Onelli supieron, a su tiempo, adosarle. Algunos de los reordenamientos y resignificaciones parciales en la segunda época con respecto a la primera son, incluso, evidentes, y no parece arriesgado leer en ellos una transposición textual de reordenamientos y resignificaciones relativos a la coyuntura institucional en sí misma. Registros enunciativos expandidos o reciclados, tópicos habituales que perdieron o ganaron prioridad, recursos informativos que vieron reinterpretado su valor instrumental: la zona de emergencia privilegiada para tales variaciones habría de recortarse en torno a las páginas dedicadas al propio establecimiento. Un conjunto textual que, a grandes rasgos y de manera un tanto esquemática, podría ser, a su vez, dividido en dos: de un lado, los artículos científicos, anecdóticos o (e) impresionistas desprendidos de

la pluma del director del zoológico en funciones; del otro, los informes de gestión, sucintos, casi puramente burocráticos, restringidos en sus temas y su abanico de recursos expresivos por una marcada función expositiva.

Muchas veces labrados con las autoridades municipales de la ciudad como sus destinatarios originales, ejercicios de contabilidad, tablas, cifras y balances mantuvieron una presencia permanente en la revista, pero variaron, de una época a otra, el objeto primordial de su interés. En tiempos de Holmberg, el dato que se procesaba a través de ellos era, muy especialmente, el desarrollo sostenido de la fauna cautiva. Ya en su segundo número, la revista incluyó un meticuloso inventario sobre los mamíferos vivos contenidos por la institución a diciembre de 1892, junto con la promesa de hacer extensiva la revisión al resto de las clases animales. En base a taxonomías y nomenclaturas, los criterios de la clasificación sistematizaban y repetían, casi con exactitud, la información que el zoológico proveía a sus visitantes: al igual que las tablillas antepuestas delante de las jaulas de los animales, la extensa lista subdividía a las familias zoológicas en especies, las mencionaba según su nombre “técnico” y “vulgar” y apuntaba tanto la “patria de la especie” como la “patria del ejemplar” (Holmberg, 1893c, p. 33). La exhaustividad del catálogo de mamíferos, sin embargo, no se refrendaría en los números sucesivos. Recién al publicar, entre los números uno y dos del siguiente año, el informe de gestión elevado al intendente en 1893, un nuevo registro de animales cautivos sumaría la nómina de las aves a una lista actualizada de mamíferos, en otro ejemplo de inventario inconcluso. Si, como argumenta Keekok Lee, la selección que presupone el armado de una colección zoológica modela y, a la vez, ejemplifica los modos en que las sociedades humanas delimitan qué ser vivo “cuenta como un animal” (Lee, 2005, p. 6), las reiteradas omisiones perpetradas por los en otros sentidos tan minuciosos inventarios de Holmberg hacen del faltante un dato en sí mismo: a pesar de contar con su propio departamento, los reptiles no eran actores destacados en el escenario de Palermo.

Antes que una falencia del taxonomista, la incompletitud y las redundancias en los inventarios de Holmberg desnudan de manera subrepticia su relevancia última para quien los acumulaba y actualizaba. Más que un sucedáneo del catálogo vivo que el jardín exponía, su



versión esquemática y plana, representaban el mejor resumen y la más clara certificación de su crecimiento cuantitativo y cualitativo. En el inventario, Holmberg encontraba un medio propicio para dejar asentado uno de los grandes triunfos de su gestión: haber potenciado, en cantidad y diversidad, el tenor de la colección animal con que contaba el zoológico, primer e imprescindible eslabón en la cadena de progresos institucionales que había empezado a forjar desde 1888. Por eso se permitió, por ejemplo, recuperar en las páginas de la revista, a pesar de su anacronismo y su información desactualizada, los catálogos difundidos a través de *El Nacional* en 1890, e instigar al lector para que los examinara a la luz de “las listas de Inventario correspondiente a 31 de Diciembre de 1892”, de manera tal que advirtiera, así, que “desde entonces hasta ahora, la colección se ha enriquecido mucho” (Holmberg, 1893d, p. 226).

En tiempos de Onelli, las noticias referidas al número de animales y especies representadas en la colección del zoológico no cesarían de circular por las páginas de la revista, pero lo harían a través de estrategias expositivas más escuetas, menos exhaustivas y más descentralizadas. Esporádicos y breves, los inventarios de animales se convertirían en tablas de doble entrada, diseñadas para registrar cifras de ingresos y egresos de ejemplares por cada mes del año. Por su carácter netamente administrativo, la masa viviente a la que aludían quedaba reducida a una mera contabilidad, disociada de todo sustrato vinculado a los saberes de la historia natural, con excepción de una única división por clases: mamíferos, aves y reptiles. En un juicio severo, la variación podría esgrimirse como indicio de un retraimiento en la dimensión científica de la revista durante su segunda época, al menos en lo que respecta a una de sus dos temáticas predilectas: el estado del zoológico, sus progresos, sus novedades. Más revelador que esa ausencia, no obstante, resulta ser el objeto de interés al que la revista en tiempos de Onelli dedicó una ahora sí prolífica y exhaustiva serie de tablas y balances: las estadísticas relativas a la afluencia de visitantes, discriminadas minuciosamente por mes y por año, por días de la semana con mayor o menor concurrencia, por edad y por condición de los paseantes.⁵ No en la escasez de catálogos sobre la colección de

5. Las estadísticas de visitantes del zoológico discriminaban entre paseantes que debían abonar la entrada y aquellos que estaban exceptuados: menores de 3 años, estudiantes de escuelas en días de la semana y soldados.

animales, sino en la sobreabundancia de estos otros cuadros estadísticos se intuye una reconfiguración parcial por detrás de la continuidad evidente del proyecto institucional: el nuevo logro a exponer, cuantificar y registrar era el auge de popularidad alcanzado por el zoológico. Y la progresión constante y, en ocasiones, exponencial de las cifras registradas ofrecía una prueba incuestionable de que la tarea acometida por Onelli resultaba exitosa: el cuadro comparativo de ventas de entradas, actualizado en el número final de cada año, apuntaba un incremento de casi un millón de visitantes entre 1903, último año calendario completo de la gestión de Holmberg, y el cierre de la década.

En cierto sentido, la cuota de científicismo aportada por los minuciosos catálogos de Holmberg, sin equivalencia durante la segunda época de la revista, sería compensada por Onelli a través del otro subconjunto de textos que completaba la serie de *textos sobre el zoológico*. Ambos hombres de intereses múltiples, la publicación les brindaba una plataforma propicia para enunciar inquietudes científicas, avances y conclusiones en investigaciones de índole diversa.⁶ Por regla general, de todas maneras, sus aportes transitaban con mayor asiduidad en otra dirección, una que priorizaba la exploración a nivel textual del punto de vista privilegiado que su cargo les confería para indagar en las dinámicas cotidianas o excepcionales de las vidas cautivas en el zoológico. Desprovistos de la austeridad expresiva propia del informe burocrático y la tabla colmada de cifras, los artículos resultantes basculaban entre la pretensión de científicidad y la descripción pintoresca, la valoración subjetiva sin atenuantes y la incrustación de segmentos narrativos protagonizados por animales. En los modos de administrar esas oscilaciones a través de la escritura, entonces, las respectivas producciones de Holmberg y Onelli encontrarían su rasgo distintivo principal.

Los textos de Holmberg tendieron hacia la brevedad y lo misceláneo. Con frecuencia, la irrupción de componentes anecdóticos referidos al establecimiento, sus habitantes y visitantes en notas

6. Algunos de los textos desvinculados de la vida del zoológico que Holmberg publicó en la revista son, por ejemplo, "Restauración de vasos. Apuntes arqueológicos", "Nombre vulgares de Peces Argentinos, con sus equivalencias científicas" o "Munaysapa. Lo que dice un fragmento de vaso calchaquí", todos en 1893. Onelli, por su parte, publicó, entre otros trabajos, "El gusano de seda. Riqueza a exportar" y "Foseta del vermis en los cráneos de indios, mamíferos y saurios en su primer año al frente de la revista.

inclinadas a la discusión o comunicación de hipótesis científicas ponía en suspenso el tono profesional que solía modularlas. Su trabajo sobre la osteomalacia, afección que se había manifestado “varias veces en el Jardín Zoológico” (Holmberg, 1893e, p. 37), es, en ese sentido, ilustrativo. Encarado en los términos de un estudio de casos de clínica veterinaria, la exposición de síntomas detectados, tratamientos aplicados y resultados obtenidos en los animales a su cargo no denegaba la súbita intromisión de consideraciones de otro orden, tan vinculadas a sus funciones de director como las anteriores, pero no por eso homologables al mismo registro enunciativo. El pretendido rigor científico y el lenguaje técnico se veían escandidos por descripciones entusiastas: los pumas recuperados de sus dolencias eran los ejemplares “más hermosos por su vigor y conjunto, por lo limpio de su pelaje, por lo felino de sus movimientos –en lo más noble y artístico de la acepción” (p. 38). Incluso, para certificar el bienestar de las crías nacidas de animales con osteomalacia, el texto se permitía convocar a un juez de dudosa autoridad científica: “el público (...) ha podido testificar que los cachorros nacidos allí son hermosos animales” (p. 38).

Ni la grandilocuencia en descripciones ni las marcas de subjetividad resultaban en sí mismas ajenas al repertorio enunciativo de textos que la cultura del fin de siglo catalogaba, fuera de toda discusión, como científicos. Más bien ocurría lo contrario: esos recursos eran condimentos casi infaltables en los informes que los naturalistas solían presentar tras sus expediciones científicas, o en los posteriores estudios derivados de los hallazgos consumados durante ellas. Así y todo, la dualidad constitutiva del texto de Holmberg no podría sopesarse en su justa medida si se perdiera de vista el rol institucional que ejercía y desde el cual escribía: el del director de un paseo público popular al que había convertido en un proyecto personal, el del naturalista cuya distancia objetiva claudicaba frente a la custodia permanente y la compañía cotidiana de los animales a los que hacía referencia, el del individuo francamente admirado ante la estética natural de las que eran, en cierto sentido, sus criaturas.

En otros trabajos de Holmberg para la revista imperaba una lógica inversa: giros, resonancias y terminologías eminentemente científicos invadían textos estructurados en torno a la narración de peripecias y curiosidades protagonizadas por los animales del zoológico. Así ocurriría en el número de noviembre de 1893, por ejemplo, cuando

Holmberg (1893f, p. 337) ofreciera al lector la historia de Simón, uno de los “monitos comunes, o caí” que integraban la colección del zoológico. Simón era “el patriarca” (p. 338) entre los suyos, un macho sobresaliente por su inteligencia y su afección a interactuar con el público, “al cual, cada tanto, se escuchaba afirmar a propósito del célebre animal: “—¡Parece gente!—” (p. 338). Un entusiasmo a tono con el que arrancaba esta exclamación de la voz popular parece apoderarse del relato de Holmberg a medida que se aproxima a su anécdota principal. Cierta día, al ser recompensado con una nuez por el director del zoológico, Simón se había aprestado a encontrar un modo de penetrar la corteza para llegar al fruto. Una frustrante pesquisa lo había hecho constatar la dureza de la cáscara, medida contra suelo, dientes, barrotes de hierro y pared. Como gesto a la vez piadoso y didáctico, Holmberg recuerda haber abierto otra nuez ante la mirada de Simón, con el auxilio de una piedra, para luego obsequiarle su contenido. El acto en sí y la dádiva que lo acompañó condicionarían de inmediato la conducta del mono: después de rescatar un resto de ladrillo entre la arena de su jaula, e imitando el procedimiento que acababa de contemplar, Simón conseguiría abrir su propia nuez a fuerza de golpes, para devorar, de inmediato, lo encontrado en su interior. A partir de ese instante de éxito, más por su reacción que por su eficacia para aprehender y replicar la acción observada, el texto configura una escena en la que, siguiendo sus propios términos, el animal *parece gente*: “Nunca he vuelto á oír la voz con que saludó su triunfo —un Eureka! de mono, pero Eureka!” (p. 340).

De ahí en más, en dos niveles distintos, el de la anécdota narrada y el del modo de enunciarla, el relato de Holmberg ilustra las relaciones de asimilación que Eric Baratay y Elisabeth Hardouin-Fugier (2004, p. 185) consideran características de los zoológicos modernos: el animal cautivo, expuesto a la presencia permanente de humanos en su medio, acaba por interactuar con ellos como si de congéneres se tratara; el humano, por su parte, tiende a analizar al animal sin sobrepasar la barrera simbólica y conceptual del pensamiento antropomórfico. Luego del episodio de la nuez, y ya precipitándose hacia su desenlace, el texto acentúa la tendencia a humanizar a su protagonista, elevando definitivamente a Simón, como personaje-persona, por encima de sus compañeros de cautiverio. Ahora, Holmberg recuerda como el objeto de su interés pasó a ser una moneda de cobre recogida del suelo, un

segundo hallazgo que dispararía su curiosidad y propiciaría un escrutinio similar al que había aplicado sobre la nuez. No obstante, al cerciorarse de que no obtendría de ella un premio equivalente, el entusiasmo dio paso a un inmediato desdén, rematado por la entrega de la moneda al resto de los monos, que lo habían estado observando intrigados. Al referir ese suceso, a modo de último –y mayor– giro de ficcionalización, el texto codifica la conducta y la gestualidad animal a través del lenguaje humano, imaginando los pensamientos del mono como si la evocación del referente animal que alguna vez existió se disolviera del todo en el protagonista de una fábula: “—Vayan y muerdan!— parecía decirles con sus ojitos vivarachos, mientras se rascaba la cola —rómpanse los dientes, y cuando saquen de esa cabeza una cosa tan buena como la que yo saqué de la nuez, no se olviden de convidarme!” (Holmberg, 1893f, p. 340).

Los giros retóricos, las licencias expresivas lindantes con la ficcionalización de la anécdota y la humanización de su protagonista apuntalan el relato sobre las andanzas de Simón, en una sumatoria que toma distancia respecto de las aspiraciones científicas que caracterizaban, de manera regular, las colaboraciones de Holmberg para la *Revista del Jardín Zoológico*. Y, aun así, los mandatos de la ciencia no dejan de resonar en el texto y sus umbrales. En un atisbo de su compromiso de naturalista afecto a las clasificaciones rigurosas, Holmberg no resistió el impulso de traducir el apelativo coloquial de “monitos comunes” a la lengua específica de la ciencia: Simón y sus congéneres eran ejemplares de la especie “*Cebus fatuellus*, Erxl” (p. 337). Pero, además, en un desacople enfatizado por el medio en que circuló más que por sus propias cualidades, el texto vio la luz bajo un título, “La facultad de comparación en los monos”, que trasunta un efecto anticipatorio demasiado académico y generalizador para corresponderse con las simpáticas andanzas de Simón. En todo caso, no eran los *Cebus fatuellus* los portadores de la facultad de comparación que a Holmberg le interesaba exponer, sino únicamente Simón, patriarca de los monos, estrella de Palermo y espécimen de excepción incluso entre sus compañeros de jaula, como el propio relato se esmera en demostrar. Si la publicación de un ensayo etiológico exhaustivo sobre la facultad de comparación de una especie animal recaía más allá de “los límites fijados a esta Revista” por su director, un encabezado semejante dentro de un autoproclamado vehículo de difusión de textos

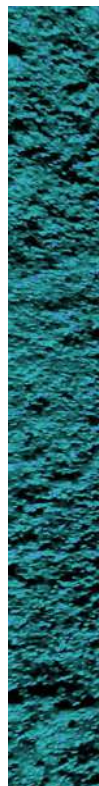
científicos parecía augurar, de mínima, otra de las “simple(s) noticia(s)” (p. 37) que Holmberg solía confeccionar, en las que lo anecdótico, el humor y el retrato pintoresco de los animales quedaban supeditados al afán clasificatorio del naturalista, el punto de miras modelado por los saberes de la ciencia y el respaldo perseguido en la frecuente referencia a bibliografía especializada.

Los pensionistas del jardín zoológico en la pluma de Onelli

A diferencia de las de su predecesor, las colaboraciones de Onelli definieron sus propios movimientos de aproximación y distanciamiento al eje discursivo de la ciencia como un efecto dado entre texto y texto, y no como una alternancia de recursos y registros enunciativos en el interior de cada uno de ellos. Toda vez que la ciencia operó como matriz epistemológica de sus publicaciones, el resultado fue una prosa desafectada de sentimentalismo, giros retóricos y digresiones anecdóticas o subjetivas, plenamente abocada a procesar a los animales cautivos como objetos de estudio.⁷ Ahora bien, si Onelli fue más riguroso que Holmberg en la confección de sus notas científicas, también se mostró mejor predispuesto, en paralelo, a abrazar sin atenuantes una puesta en texto de los animales del zoológico que desbordaba las disquisiciones científicas para contemplarlos como algo más que piezas biológicas de un catálogo viviente. Así surgiría el elemento que distinguió, desde el inicio, su etapa al frente de la revista: las “Idiosincrasias individuales de los pensionistas del Jardín Zoológico”.⁸

7. En un breve trabajo sobre la secreción de lágrimas en paquidermos, por ejemplo, la prosa de Onelli reduce la observación prolongada de los elefantes macho y hembra a una recopilación de datos orgánicos y conductuales (estudio y medición de los orificios exteriores, cambios de temperatura, frecuencia y regularidad en periodos de celo e irritabilidad, inflamación de glándulas, interacciones entre ambos ejemplares). Del mismo modo, otro de sus artículos describe de manera sistemática la conducta del antílope sable para terminar enunciando una hipótesis sobre el uso defensivo y ofensivo de sus cuernos que cuestionaba afirmaciones del naturalista británico Abraham Dee Bartlett, preconizadas por Darwin.

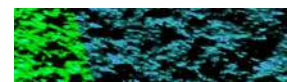
8. Aunque generalmente asociada a la pluma de Onelli, la denominación “pensionistas” aplicada a los animales del zoológico de Palermo circuló con antelación en las páginas de *Caras y caretas*. En su número 74, correspondiente al 3 de marzo de 1900, una breve noticia acompañada de la fotografía de un elefante descendiendo de un barco (fig. 2.5) anunciaba en su título la llegada de “Los nuevos 'pensionistas' de Palermo” (*Caras y Caretas*, 3/3/1900, p. 29).



Sección permanente de la revista desde 1905, las “Idiosincrasias” abrevaban en minucias sobre el zoológico y la vida animal contenida en él que, por lo general, se escamoteaban a la vista de los paseantes: rutinas de los *pensionistas* cuando las puertas del establecimiento se cerraban, mecánicas curiosas de su cuidado y alimentación, modalidades de la interacción y el afecto entre humanos y animales, rivalidades entre las especies que compartían encierro, vínculos inesperados de convivencia, nacimientos, enfermedades, sacrificios, muertes. Además del zoológico como límite espacial y la vida animal como referente invariable, otros hilos de continuidad compensaban esa aleatoriedad temática: ideas y preocupaciones reiteradas por detrás de la anécdota amena y la descripción pintoresca, un repertorio limitado de procedimientos retóricos y narrativos, interrogaciones recurrentes que oficiaron de disparador para ciertos textos y que, al mismo tiempo, habilitaron la existencia de otros con su conveniente ausencia. Una de esas constantes, de hecho, quedaría consignada, casi a modo de anticipación, en la entrega inaugural: la equiparación acrítica entre animal salvaje y animal de zoológico; o, lo que es lo mismo, una evaluación de las mecánicas y restricciones propias del cautiverio que las reputaba de inocuas para el desarrollo vital de los seres vivos. Al término de la primera de sus “Idiosincrasias”, y por oposición a las dificultades que entorpecían la observación de “cada animal en las razas salvajes o poco domesticadas” en su hábitat natural, Onelli (1999, p. 15) rescataba uno de los méritos distintivos de la institución que encabezaba: “en un Jardín Zoológico, el continuo contacto con los varios ejemplares que allí viven permite preciosas observaciones”. De manera consecuente, muchos de sus textos posteriores retratarían el comportamiento animal como la manifestación más o menos mecánica de un “instinto ancestral” (p. 18) o “atávico” (p. 19), un elemento inscripto en la programación biológica de las especies capaz de sobrevivir, intacto, a las imposiciones de la vida cautiva. Así, las “Idiosincrasias” participaban con relativa frecuencia de la premisa “conceptualmente defectuosa” sobre la cual, según Lee (2005, p. 25), los zoológicos modernos erigieron, durante décadas, su misión científica: la falacia (cabría decir, el oxímoron) que hacía del animal cautivo un “animal salvaje en cautiverio”.

En cambio, otros textos de la sección (la mayor parte de ellos, como el título de conjunto induce a presuponer) pretendían indagar en

aspectos que Onelli consideraba menos generalizables, atribuibles, en todo caso, al “temperamento y las costumbres” (Onelli, 1999, p. 15) que individualizaban a cada espécimen, y no a las tendencias instintivas determinadas por la filogenia. Como prueba elocuente de que no eran percibidas como tales, las alteraciones que el régimen de encierro y exhibición introducía en la existencia de los animales cautivos solían ser reducidas a excentricidades particulares, insumos de un anecdotario variado que ponía en tácito suspenso la gravitación del tan mentando instinto. No el sometimiento y la sujeción a técnicas de encierro impuestas por el humano (lo que Lee (2005, p. 47) resume bajo el concepto de “hotelificación”), sino las peculiaridades específicas de uno u otro ejemplar explicaban, para Onelli, los casos de la garza a la que era “imposible hacerle comer otras cosas” que no fueran “masas dulces” (Onelli, 1999, p. 35) o del felino que, impedido de “cazar una res grande que fuera opíparo banquete para diez de ellos”, arrastraba sin excepción “al rincón más sombrío de la jaula” el trozo de carne que le arrojaban sus cuidadores (p. 108).⁹

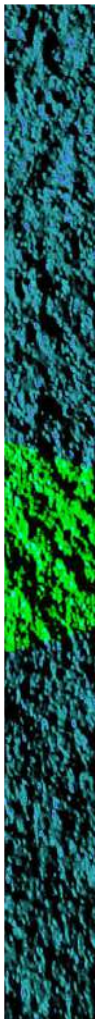


Mientras denotaban la equiparación entre el animal y sus conductas en libertad y en cautiverio, las “Idiosincrasias” connotaban las distorsiones que la existencia bajo el régimen del zoológico introducía sobre su natural desenvolvimiento. La contradicción, inadvertida o intrascendente, convirtió a la sección en la manifestación textual perfecta de una realidad que excedía por mucho los límites de la prosa de Onelli y también los límites temporales de su gestión como director del establecimiento. La postulación acrítica de una continuidad sustancial entre la existencia del animal en estado natural y su desarrollo en cautiverio era la carta que permitía al zoológico reforzar su dimensión científica, bajo el supuesto ilusorio de que sus instalaciones habilitaban una observación valiosa y genuina de formas de vida que, de otra manera, resultaban inaccesibles para el ojo del especialista. En paralelo, en una dualidad sin síntesis, pero sin consecuencias, la intervención sistemática sobre las condiciones de vida de sus especímenes no sólo resultaba necesaria para garantizarles la supervivencia, sino también para moldear a partir de ellos un catálogo viviente provechoso para el naturalista y fascinante para el lego.

9. La inserción de los animales en el sistema que Lee (2005, p. 47) denomina “hotelificación” implica la provisión garantizada de alojamiento y comida por parte del zoológico, con la consecuente anulación de los hábitos naturales de alimentación y búsqueda de refugio.

Pero las distorsiones de la naturaleza animal no sólo ingresaban en las “Idiosincrasias” a través de esa tematización indirecta, casi accidental. A la par, sobre todo en aquellas entregas que, fieles al título de la sección, acentuaban la pretensión de retratar comportamientos animales como emergentes de un carácter individual, las figuras animales solían ser procesadas por la misma perspectiva antropocéntrica que Holmberg había adoptado en su nota sobre las excentricidades del mono Simón. En otras palabras, una capa de mediación humanizadora dislocaba la relación entre el referente animal y su correlato textual, de igual forma que el cautiverio dislocaba las conductas instintivas del animal salvaje.

Como su antecesor, Onelli sobre interpretaba en las “Idiosincrasias” actos, gestos y motivaciones de sus personajes animales según parámetros de la cultura humana. Dentro de una nota sobre los elefantes del zoológico, por caso, el hecho de que Saiam, el ejemplar macho, luego de causar destrozos en el reducido hábitat de su cautiverio, hubiera sido descubierto “pisando con las dos patas la cadena” que debía contenerlo se decodificaba como una tentativa de disimulo para que “el guardián no se diera cuenta de que había sido él el autor del desorden insólito” (Onelli, 1999, p. 16). En otras ocasiones, en cambio, la humanización se convertía en un principio constructivo del texto, imposible de suprimir sin desmontar su estructura entera y alterar el sentido del conjunto. Así ocurre en el relato sobre las disputas territoriales que gansos de Tolosa y cisnes de Australia libraron en torno al lago Darwin, entramado por Onelli como una sucesión de rencillas políticas y relaciones diplomáticas. Tras ocho días de atender a sus “oradores” (p. 28), la bandada de gansos circundó el lago, en una “larga y difícil travesía, llena de rebeliones y rezongos” (p. 28). Una vez llegados a destino, sobrevino lo que, según Onelli, “sucede en todas las masas”: “los iniciadores y reformadores que habían dado un excelente bienestar a los aporreados por la suerte, salieron maltrechos”, atacados por sus antiguos seguidores y despojados de su autoridad. Después de ese episodio, y a pesar de que sus “oradores eminentes” debieron “haber abogado en su lengua por la unión, la fraternidad, el bienestar y las ideas sociológicas más avanzadas” (pp. 28-29), la bandana acabó por disolverse en pequeños grupos. Los cisnes, en cambio, “se convencieron” de que la fuerza estaba con sus rivales, y pensando (porque “el cisne no habla como los gansos; piensa”), en los mismos



términos que Tito Livio atribuye a los senadores de Roma, “*Hic manebimus optime*” (p. 29), se replegaron sobre una orilla despoblada y anidaron allí.

Así como, por vías divergentes, Holmberg y Onelli dotaron a la *Revista del Jardín Zoológico* de una cuota de cientificidad más o menos estable, sus incursiones en un territorio textual demarcado de los estándares de observación, conocimiento y verdad propios de la historia natural acabaron también por confluir en un reservorio de procedimientos afines. En este último sentido, como en tantos otros aspectos de su gestión, las “Idiosincrasias” diferenciaban a su autor menos por la introducción de novedades radicales con respecto a su antecesor que por el énfasis con que retomaba caminos hasta el momento tenuemente explorados. Estrategia para comprenderlos, capturarlos en texto y exponerlos ante los lectores, la humanización de los animales del zoológico en las páginas de la revista exaltaba sus comportamientos más graciosos, estéticos, sorprendentes, mientras hacía de ellos protagonistas de historias que merecían ser escritas, impresas, leídas. A la manera de las fábulas y los mitos, tanto Holmberg como Onelli otorgaban a los animales un tratamiento equivalente al de “seres sociales con valores y motivaciones” (Carman, 2017, p. 207), lo que redundó en un borramiento parcial de “las diferencias entre ellos y los humanos”. Desde luego, ese borramiento operaba en una doble dirección: que los animales del zoológico textualizados por sus directores se tornaran más asimilables a lo humano provocaba, al mismo tiempo, que resultaran menos nítidamente animales, más homologables a los personajes ficticios que poblaban la fauna imaginaria de la literatura universal que reconocibles como versiones fidedignas de las vidas animales que habitaban o habían habitado las jaulas de Palermo.

Con esa ausencia de rigor referencial a la hora de narrar y describir a los animales en cautiverio, el conjunto de textos producidos por Holmberg y Onelli encuentra, en última instancia, un peso referencial de otro tipo. Después de todo, el filtro de humanización a través del cual ambos mediaban el ingreso de los animales a sus escritos, lejos de ser exclusivo o excepcional, respondía a un imaginario antropocéntrico compartido por los visitantes del zoológico, quienes, como el propio Holmberg hizo notar, también eran propensos a decodificar su

contemplación de otras especies a partir de analogías y sobre interpretaciones. En ese sentido, lo que las versiones humanizadas de los animales sumaban a la revista, lejos de reducirse a tergiversaciones de la retórica o la imaginación, era, probablemente, la transposición textual más consonante con la experiencia de enfrentarse al catálogo viviente que el zoológico de Palermo ofrecía a la ciudad desde la última década del siglo XIX en adelante.

Referencias

- Memoria de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires*: 1908. Buenos Aires: G. Kraft.
- Baratay, Eric y Elisabeth Hardouin-Fugier (2004). *Zoo. A History of Zoological Gardens in the West*. Londres: Reaktion Book.
- Holmberg, Eduardo (1893a). "Sobre esta publicación". *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*. Tomo I. Entrega I. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- (1893b): "Jardín Zoológico". *Memoria de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires*: 1893-1894. Buenos Aires: G. Kraft.
- (1893c). "Mamíferos vivos". *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Ayres*. Tomo I. Entrega II. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- (1893d): "El Jardín Zoológico en 1890". *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*. Tomo I. Entrega VIII. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- (1893e): "Osteomalacia" *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*. Tomo I. Entrega II. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- (1893f): "La facultad de comparación en los monos". *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*. Tomo I. Entrega XI. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Lee Keekok (2005). *Zoos. A philosophical tour*. Nueva York: Palgrave Macmillan
- Onelli, Clemente (1905). "La Revista del Jardín Zoológico" En: *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*. Época II. Año I, n.º 3. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- (1999) [1905-10]. *Idiosincrasias de los pensionistas del Jardín Zoológico*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.